

Recibido: Marzo 29 de 2011
 Aceptado: Agosto 22 de 2011

Lo infantil en el proceso analítico



Rafael Paz

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

ABSTRACT

The author suggests that the concept of childhood is a social construction, connected to the originary, to the imaginary and to the projections the latter stimulates. The author puts forward the idea that when the primal configurations become blurred, psychoanalysis could operate as an institution providing some kind of 'replacement' as it were, promoting a socializing regulation.

The theoretical - ideological construction of childhood is differentiated from the concept of 'the infantile', a notion that includes different signs (observables) within the psychoanalytic field and the psychoanalytic process, and which helps realize the explicative dimension of psychoanalysis, thus providing plausibility and narrative potency.

Within the analytic field the infantile manifests itself through glimpses or fragments, as a fantasy expands and the involved poles of the Self become noticeable. The classic, systematic concept of infantile neurosis is recovered, a concept that includes strata of primary anxieties and defenses, and the splitting of embryonic, disaggregated or

RESUMEN

Se plantea la infancia como construcción social, su relación con lo originario, el imaginario ligado a ella, y las proyecciones que éste convoca. Frente al desdibujamiento de las configuraciones primordiales plantea el autor la institución psicoanalítica como supletoria y de normatización socializante.

Se diferencia la construcción teórico-ideológica de infancia del concepto "lo infantil": noción que abarca distintos observables en el campo y en el proceso psicoanalítico y que da concreción a la dimensión explicativa del psicoanálisis, suministrando verosimilitud y potencia narrativa. En el campo psicoanalítico lo infantil se muestra por vislumbres o fragmentos, al expandirse una fantasía y hacerse captable el o los polos del Self implicados. Se recupera el concepto sistemático clásico de Neurosis infantil en el que se incluyen estratos de ansiedades y defensas primarias, escisiones de aspectos embrionarios, desagregados o psicóticos que no ingresaron en el metabolismo edípico desarrollado y que remiten a los regímenes de funcionamiento y no a una mecánica de afloramiento estratigráfico.

psychotic aspects, which have been excluded from the developed Oedipal metabolism, and which refer to 'functioning regimes' and not to the strata mechanics.

The paper ends with a brief epistemological development of a classical text by André Green (1999), with the aim of showing the heuristic point of considering the theoretical horizon of the infantile as micro-structures that imbricate each other and constitute a clinical formation.

Para concluir, se realiza una breve elaboración epistémica sobre un texto clásico de André Green (1999), con el objeto de mostrar la utilidad heurística de sostener el horizonte teórico de lo infantil precisándolo en microestructuras que se imbrican constituyendo una formación clínica.

DESCRIPTORES: PSICOANÁLISIS DE NIÑOS - INFANCIA -
SUBJETIVACIÓN - RELACIÓN - NEUROSIS INFANTIL

Lo infantil en el proceso analítico

Vaya como epígrafe esta bella poesía, que conmueve más si tenemos presente lo que supone situarse en la relatividad del propio ser, y para alguien a quien no le fuera otorgado el don de la paternidad efectivamente vivida.

AL HIJO.

Jorge Luis Borges

*No soy yo quien te engendra. Son los muertos.
Son mi padre, su padre y sus mayores
son los que en un largo dédalo de amores
trazaron desde Adán y los desiertos
de Caín y de Abel, en una aurora
tan antigua que ya es mitología,
y llegan, sangre y médula a este día
del porvenir en que te engendro ahora.
Siento su multitud. Somos nosotros
y, entre nosotros, tú y los venideros
hijos que has de engendrar. Los postrimeros
y los del rojo Adán. Soy esos otros,
también. La eternidad está en las cosas
del tiempo, que son formas presurosas.*

La infancia es una construcción teórico-ideológica que, sobre el transcurrir de la vida, define el estatuto de una etapa según perspectivas culturales, de clase y circunstancias.

De hecho, su reconocimiento pleno, aunque sólo sea en términos formales y jurídicos, es muy nuevo, y la experiencia de todos los días, divulgada por la diseminación mediática, da cuenta de su precariedad: trabajo infantil, esclavitudes diversas, violencias y abusos.

Es recién entre los siglos XVII y XVIII que la infancia es reconocida, y eso hasta cierto punto, como una etapa de la vida merecedora de especiales consideraciones.

Pero es también en el nivel de las relaciones de intimidad donde ha sido lento el desarrollo de una actitud empática para con los niños, por situarlos como seres subsidiarios a las necesidades de los padres; de allí las enormes variaciones según latitudes, niveles culturales y la incidencia de circunstancias límite (penurias, hambrunas).

Valga por caso: es recién luego del triunfo de la Revolución, en 1949, que en China se hace formalmente explícita la prohibición de vender a las hijas como esclavas.

En esta verdadera conjunción de “humanismo y terror” precipita lo más alto y lo más bajo de la condición humana, así como el juego de determinaciones históricas.

Y en tal sentido lo que evidentemente ha caducado son los velos de idealización que cubrían la cuestión de la infancia, a partir del momento que el estatuto del príncipe heredero se extendió democráticamente a los hijos de la burguesía y paulatinamente más allá.

Pero a menudo con fronteras nítidas y crueles para con los diversos *otros* según condición social, etnia, o la eventual portación de rarezas o anomalías.

El psicoanálisis ha realizado aportes cruciales a un tema que por esencia requiere de perspectivas múltiples, al examinar los vínculos primarios en la trama sobredeterminada que pauta los dispositivos instintuales.

De este modo, junto a otros enfoques, ha ido modificando cualitativamente la perspectiva epistémica naturalista tradicional.

En efecto, “lo natural”, como reservorio acrítico de opiniones reforzado por ideologías religiosas que potencian sentidos comunes pertinaces, se trastoca al ser interrogado críticamente.

Lo originario entonces ya no puede ser asimilado a “animalidad”, sino entendido como complejidad sociosimbólica que se pauta en redes de trato y significancia.

Y que al montarse sobre la herencia biológica de especie la trastoca radicalmente.

La animalidad erigida en sabiduría cifrada, que suministraría claves para criar y amaestrar bien, junto a una ética adánica imaginaria, no sirve como solución para las formas de *dis* o maltrato de los frágiles, débiles o dependientes, pues se requieren cambios culturales *que sólo pueden surgir de un verdadero trabajo de eticidad de la vida cotidiana colectivamente realizado*.

Pero claro está que los imaginarios ligados a las pautas de crianza y los valores que allí se vehiculizan, tienen gran inercia histórica, con el añadido inconciente de los mensajes transgeneracionales; como leíamos arriba: “No soy yo quien te engendra, son los muertos. Son mi padre, su padre y sus mayores.”

Las modificaciones actitudinales tardan por eso en encarnarse, y el trabajo a realizar comienza por despejar las hipocresías que recubren insistentemente la cuestión.

Por añadidura el tema de los niños convoca una masa extraordinaria de proyecciones de la más diversa índole, pues sobre la preocupación por ellos se dirimen las incertidumbres, expectativas y miedos de los grupos humanos respecto del futuro de los propios mundos de vida y, más allá, de la especie misma.

En ciertas coyunturas, las transformaciones para bien, al modo de “*insights*” colectivos, se dan en cascada, y por lo tanto producen importantes conmociones en los modos de asumir la cuestión.

Predominan entonces azoramientos y búsquedas afanosas de recetas, pero las grietas en sentidos comunes inveterados pueden servir para abrir perspectivas al reconocimiento de las delicadas tramas en que se instituyen las singularidades en gestación.

Tengamos presente que, en occidente, las capas medias urbanas son las grandes usinas donde se realimentan saberes y valores al respecto.

Y en ellas la oscilación es grande, yendo desde el azoramiento ante la crisis de los mundos de vida y la permisividad consiguiente nacida del no saber qué hacer, hasta rebrotes autoritarios extemporáneos.

En nuestro dominio todo eso se refleja en diversas polémicas y conceptualizaciones, urgidas por circunstancias estadística o mediáticamente explotadas.

Por ejemplo, la cuestión de las edades para la imputabilidad, en la que además de otros factores la crispación está determinada por la ruptura de construcciones idealizantes, así como el fracaso ostensible, en pubertades y adolescencias, de los dispositivos de coerción/seducción.

En nuestro ámbito hay muchos ejemplos, pero voy a mencionar sólo dos: las demandas extraordinarias hacia el psicoanálisis, al fin de cuentas institución supletoria, para que cubra la criba de pautas y sentidos que la familia y la escuela muestran y, en segundo término, las discusiones –sobre todo lacanianas– referidas a la función paterna y lugar del padre.

Éstas tienden, por la propia inercia y los vacíos sociales, a constituirse en ideologemas –respuestas que condensan en unos pocos vocablos una masa de representaciones históricas y de clase que proporcionan sentidos coherentes y polivalentes.

Fecundando así el lecho acrílico de lo obvio.

El desdibujamiento de las figuras primordiales es evidente en la medida que los efectos de la crisis capitalista a escala global se generalizan en extensión y en profundidad.

No se trata –nunca es así– de un “modelo económico”, sino de un modo de producción de cosas y de seres, que requiere cada vez más penetrar en las estructuras íntimas para reproducirse.

Las modalidades de trato –incluyendo en ellas ternuras, pautas de nutrición y limpieza, obligaciones, etc.– en las que afinan matrices muy antiguas, incluso ancestrales, son atravesadas por el consumo, la circulación y la realización de bienes.

Como he examinado en otra parte (R. Paz, 2008), el notable esquema de Freud en *Transmutación de las pulsiones y especialmente del erotismo anal*, permite visualizar la cosificación socio-simbólica que el fruto sufre al diferenciarse de las fusiones narcisistas: recordemos: *pene-heces-niño-regalo-dinero*.

Este último, como equivalente general, en el extremo abierto del notable esquema freudiano, indica *que asume en plenitud la representación del sujeto*, de modo tal que las intervenciones paternas que diferencian al fruto del magma originario se tramitan en una red arrancada de los vínculos primarios.

Es allí donde tiene lugar esa subjetivación determinada por las dominantes ideológicas, en lucha con las modalidades de trato y reconocimiento propias de las cotas de humanidad acumuladas en el seno mismo de la civilización burguesa.

Las que perduran y se acomodan como pueden a aquel pautado universal.

La venta de niños, los mismos como objeto de trueque, el uso (abuso) de los mismos, son formas divulgadas de daño que se tornan hirientes no sólo porque violentan sedimentos comunes de sensibilidad, sino *porque a su través asoma el proceso global de cosificación*.

Es decir, no constituyen excepciones –aunque empíricamente lo sean– sino el síntoma que denuncia la regla subyacente, pues no se trata de que compremos y vendamos, sino que *vamos siendo, con nuestras ensoñaciones, apertencias, intimididades comprimidas, entes de compra y de venta.*

Infancia, entonces, connota en la actualidad un estado precario del ser, cuyo estatuto navega entre los extremos de la explotación y el abandono, hasta, para quienes pueden, cuidados extremos y malacrianzas ansiosas, como reflejo extendido de *no saber qué hacer.*

Para ser más precisos: mientras se lo tenga al alcance, cuidarlo muchísimo, porque después el mundo es pura incertidumbre.

Claro está que las circunstancias laborales y los tiempos concretos que así se definen, enlazan todas estas preocupaciones con guarderías tempranas, escolaridades lo más “completas” posible, y demás afanes de reforzamiento.

Sobre un esquema de tanteo, con transmisiones orales de experiencias atravesadas por la incertidumbre *y dispositivos de ensayo y error de corrección imposible, porque cada crianza es única*¹.

Yendo a nuestras costas: es en este contexto que los psicoanalistas somos requeridos para intervenir, no ya en una suerte de compañía discreta y que sí que no pedagógica, al costado de los padres, como en ciertos estilos y corrientes, sino en el proceso mismo de normatización socializante.

Para suplir continencias vacilantes y normativas diseminadas, que a veces recalcan en figuras aleatorias, o en búsquedas creenciales novedosas y que dan sentido a todo, incluso mediante dispositivos extravagantes, por ejemplo de ordenamiento dietético/existencial.

También, claro está, en las religiones “de siempre”, que aunque crecientemente comprometidas en connivencias penosas con limpiezas étnicas y luchas por el reparto impiadoso del mundo, conservan la atracción de lo venerable.

Y donde la Función Paterna alicaída se nutre de sus fuentes míticas y recrea la ilusión de intemporalidad.

¹ ¿Taekwondo o un tercer idioma? Tal era el dilema vuelto síntoma obsesionante de un padre atribulado. Claro está, material de análisis referido a las propias fragilidades y a su personal historia de logros forzados, pero inextricablemente ligado a la función paterna delegada en orientales –y detrás de tal figura una geografía de culturas idealizada, donde persistirían disciplinas seculares intactas–.

Con minucias de *actitudes, posiciones y destrezas* para enfrentar las más variadas circunstancias, y transmisibles con precisión.

O, en cambio, basculando bruscamente, agregar un nuevo maestro para un idioma más –occidental, claro está–.

Pertrechamiento amoroso y errático, disfrazado de planificación estudiada y tendencialmente infinito.

Pero también, recién lo apuntábamos, remitiendo a otras primarias (“maternas”) de contención, que en los buenos casos modula la potencialidad caótica de la *chorá* semiótica en coberturas de pieles y vectores de consumación.²

Y que pauta de este modo un orden bueno, sensual y de confianzas recíprocas.

Claro está, potencialmente atrapante y enclaustrante en el goce narcisista primario que siempre –insistamos– es relacional: el bebé aislado no existe, la díada es fundacional, Winnicott *dixit*.

Es con estas circunstancias con que nos hallamos los analistas en nuestra clínica cotidiana.

Y todos, siempre que permitamos un mínimo despliegue de regresión y transferencia.

No se trata entonces de que tal se de con psicoanalistas “profundos”, o “maternales”, o “buenos”³.

O fanáticos kleinianos o post-kleinianos.

Simplemente ocurre, si el dispositivo básico se instala; la cuestión, claro está, es si le damos cabida o por el contrario yugulamos la regresión –tópica, formal y temporal, recordemos.

Y ahí sí surgen las diferencias de escuelas y estilos personales.

Hay padres que lo más campantes dicen –ahora menos porque queda mal– que ellos se entusiasman con sus hijos cuando comienzan a sostenerse por sus propios medios y, sobre todo, *a hablar*.

Con los psicoanalistas, del género y predilección sexual que fuere, ocurre lo mismo.

Y esto, reitero, hiende las aguas.

O la propia estructura del analista, como le sucediera a Freud, teniendo tantas veces que vencer sus resistencias para cualificar como observables consistentes a mucho de aquello con lo que se topaba.

Puesto que el proceso que lanzamos *es siempre exorbitante respecto de los medios de modulación y encuadre*.

Vayamos ahora a *lo infantil*.

Es un concepto que abarca distintos observables en el campo y el proce-

² Julia Kristeva (1986) llamaba así, inspirándose en el Timeo de Platón, a la no diferenciación en que navega el protosujeto.

Desorden pura potencia que puede ligarse con el imaginario radical de Castoriadis, pero, según entiendo, con dos salvedades: radicado en el cuerpo y en trama relacional, no como vesícula expansible.

³ Cuenta una tradición oral consistente que a Racker se le asignaba esta cualificación, como modo cordial de descalificar *ad hominem* sus ideas y estilo.

so psicoanalítico, dando concreción a la dimensión explicativa del psicoanálisis, suministrando verosimilitud y potencia narrativa.

Se muestra —esto es clave— por vislumbres o fragmentos, al expandirse una fantasía y hacerse captable el o los polos del *Self* implicados.

Voy a citar a Freud, no por apelación de autoridad sino como referencia invertida, en el sentido de que ciertas intuiciones suyas adquieren especial significatividad a la luz de elaboraciones posteriores. Dice:

“Si en períodos más tardíos de la vida estalla una neurosis, el análisis revela, por lo general, que es la continuación directa de aquella enfermedad infantil quizá sólo velada, constituida sólo por indicios. Pero, como dijimos, hay casos en los que la neurosis infantil prosigue sin interrupción alguna como un estado de enfermedad que dura toda la vida.” (Freud, 1916-1917, p.331)

El proceso analítico es, en efecto, el que torna visible una estructuración neurótica, que viene desde la infancia y se muestra por *indicios* (subrayemos la expresión y evoquemos lo de paradigma indiciario), salvo en el caso que la enfermedad hubiere persistido tal cual.

Es decir: *es la lectura indicial y reconstructiva desde el campo transferencial la que otorga encarnadura actual a esa vigente fuente de sufrimiento, dislocada por defensas diversas y recubierta por sobreadaptaciones.*

De hecho, negarse a otorgarle perdurabilidad estructural a las diversas formas de neurosis infantil —y obviamente de relictos psicóticos— es un modo de perfeccionar la tarea cultural resistencial y sobreadaptativa de las adecuaciones dominantes y sus dispositivos de amaestramiento tendientes a toda costa a *generar adultos*.

Lo cual no nos debe extrañar, al ser lo infantil, como veíamos, conjunción de lo originario con las matrices sucesivamente instauradas en *series complementarias*, y también el lugar para situar el prendimiento de lo transgeneracional y por lo tanto de la singularización del quiasma naturaleza/cultura.

Claro está que la reivindicación teórica y clínica de este tema puede devenir en fervorosas tomas de partido por lo infantil sofocado, de manera análoga a como ha ocurrido con la trabajosa legitimación de las variantes de género.

En otro lugar he señalado que:

“Indagar lo infantil en el análisis de adultos requiere partir del hecho de que aquél posee diferentes connotaciones, con un status epistémico diverso, que van desde alusiones más o menos metafóricas hasta precisiones estructurales.

Se fue desprendiendo así de lo nocional –que sugiere demasiado y precisa poco– para adquirir rango conceptual.” (R. Paz, 2008, p.113)

Agreguemos ahora que la cualificación de perverso polimorfo constituye un hermoso ejemplo de transformación de un conjunto de representaciones histórico/ideológicamente determinado –el niño demoníaco, peligroso– en *material de indagación científica potencial*.

En efecto: “perversión polimorfa” remite al Adán post pecado original, que requiere de un ingente esfuerzo civilizatorio –la metáfora, sabemos, es muy freudiana– para devenir un ser razonablemente conviviente.

Retomo la cita:

“En efecto, según esa metaforización a la vez sugerente y prejuiciosa, de lo salvaje en el propio espacio personal, de lo no transformado civilizatoriamente o por maduración, y que establece una continuidad con la animalidad (¿residual o fundamental?) es de donde procede esa irracionalidad activa y pertinaz, en contradicción absoluta con el orden del logos.

Y allí lo infantil no sólo adjetiva, sino se implica recíprocamente con los otros términos.

Es claro también que no remite a un ente compacto recuperable en su prístina integralidad, ilusión más insistente de lo que se admite y que por su tosquedad debilita todo el horizonte reconstructivo.

Se trata de la refracción y reverberación de fragmentos de diversa magnitud, claridad y potencia de realización, siempre que hallen un medio favorable.

Lo cual remite a la cuestión de las distintas unidades con las que trabajamos en la clínica, según los modos de presentación del material, su recolección, desmenuzamiento y recomposición⁴, siendo una clínica en transferencia, dispuesta a asumir los tiempos y dificultades que plantea sostenerse en planos regresivos y cambiantes, la que permite dar cuenta de su concreción.

Pero más aún: estructuralmente, infantil pasa a connotar todo régimen regresivo de realización, que tiende a ceñir en sus coordenadas a las complejidades actuales, por lo que es el determinante básico de la neurosis de transferencia.” (R. Paz, 2008, p.113-114)

⁴ El historial de “El Hombre de los Lobos” continúa siendo fuente de inspiración al respecto.

La misma transición entre pre-juicio y ciencia juega en Ernest Jones cuando define al inconsciente como “primitivo, infantil, alógico y bestial”.

Tal es el concepto sistémico clásico de neurosis infantil como lo podemos recuperar actualmente, incluyendo en él estratos de ansiedades y defensas primarias así como las resultantes de escisiones de aspectos embrionarios, desagregados o psicóticos que no han ingresado en el metabolismo edípico desarrollado.

“ [...] *Y no remite a una mecánica de afloramiento estratigráfico, sino de regímenes de funcionamiento, incluso constituidos en épocas post-infantiles aunque subordinados a aquéllos.*” (R. Paz, 2008).

Agreguemos que la teoría traumática adquiere cabal pertinencia cuando se liga a lo infantil cualificado como *sexualidad*, por ende al polimorfismo, y, como dijera Ferenczi (1933), a la “desproporción” respecto de los adultos y la imbricación constitutiva con estos últimos.

Por lo tanto, a las afectaciones resultantes del *trato* recibido.

La “neurosis infantil” suministra plena densidad a esta construcción, introduciendo la cuestión del padecer específico de los niños y a la vez de las matrices que marcarán para siempre los modos de lidiar con la angustia, el dolor psíquico y los mecanismos y construcciones defensivas de base.

De ahí la a menudo difícil diferenciación de tales configuraciones respecto de los complejos constitutivos universales.

Lo cual obedece a que los procesos satisfactorios en cuanto a los modos de encarar y resolver las ansiedades de las primeras etapas se hallan muy próximos de las formas mutilantes de tramitarlas.

No es psicopatologismo, sino admisión de la complejidad y las deflexiones características de los procesos psíquicos, los que iniciándose en torbellinos comunes se diferencian cualitativamente en sus desarrollos.

Guardando en potencia, en germen o disociadamente, fragilidades y bombas de tiempo.

Sabemos también de la existencia diferencial de matrices primarias decididamente dañinas, generadoras de traumas estructurantes, pues lo común del padecer: ansiedades primarias, fusionalidades, complejo de Edipo en todas sus versiones, narcisizaciones y desnarcisizaciones se realizan en ambientes y tramas de relación de muy distintas calidades.

La ampliación postclásica hacia las etapas primeras otorgó un creciente estatuto al bebé, y a las marcas y consecuencias para siempre de las vicisitudes pre y post natales.

Todo esto parece ahora de sentido común, pero no lo es, y no porque sea “el menos común de los sentidos”, sino porque obedece a la naturalización ideológica sedimentada en capas y capas de juicios previos y percepciones culturales estereotipadas.

Si el estatuto del niño es reconocido desde hace tiempo, en un arco que va desde concebirlo como adulto imperfecto y trasgresor contumaz hasta la idealización flotante actual –y víctima potencial– la del bebé vino después.⁵

Y correlativamente también en la clínica psicoanalítica.

Entendámonos: es obvio que se reconocía la antecendencia de las etapas primeras de la vida y sus características, paulatina y “científicamente” discernidas, pero todo ello desde una perspectiva impregnada de madurativismo, que constituye *uno* de los ejes para pensar la cuestión.

No es fácil –y contraintuitivo– admitir la existencia de pautas muy básicas emocionales y simbólicas en la vida de todos los días, y *a fortiori*, en las regresiones terapéuticas.⁶

A menudo, las teorizaciones de cuño kleiniano, post kleiniano, winnicottiano y kohutiano que operan en esos niveles, son tomadas con un dejo concesivo, y, en el propio medio y en la enseñanza psicoanalítica, como metáforas o provocativas exageraciones, pero que no corresponderían a realidades efectivas en nuestra clínica.

Y, sobre todo, en la vida psíquica y relacional de todos, todos los días.

Por su parte lo actual relacional es crucial; más aún, es el dispositivo transformador por excelencia en la medida que logre poner en juego transfencialmente los reservorios de relaciones objetales reparatorias y emolientes.

Dando así cabida a lo nuevo, que incluye, en paradoja temporal, *lo nuevo infantil impedido*, que se gesta confrontando con capas de existentes previos que tienden, por inercia de las lógicas pulsionales y fantasmáticas, a reiterar sus pautas.

La esperanza terapéutica no se basa en un recomienzo adánico, desde una vincularidad que partiría de un imaginario punto “0” redivivo, sino por

⁵ Con la salvedad de lo relativo de toda generalización, y válida para capas medias occidentales.

⁶ La cualidad contraintuitiva surge del sistema resistencial que en tanto adultos nos veda el contacto con esos niveles de nuestro propio ser.

la transformación de existentes que faciliten, como uno de los momentos *posibles* de la dialéctica procesal, el engendramiento de lo nuevo.

En esta perspectiva, lo infantil define aspectos del Self recuperados que –en trama– impregnan con sus pautas fantasmáticas y estilos el campo, mostrando sus inercias y también las aperturas donde, hartazgo y osadías medianamente, nacen las potencialidades de transformación.

Para concluir, vaya una breve elaboración epistémica sobre un texto clásico de André Green (1999), con el objeto de mostrar la utilidad heurística de sostener el horizonte teórico de lo infantil *precisándolo en microestructuras que se imbrican constituyendo una formación clínica*.

Se trata del trabajo “*La madre muerta*”. En él parte de hallazgos clínicos vinculados a la “depresión blanca” en pacientes que desde las primeras entrevistas no dejan ver rasgos depresivos y suscitan en el analista la impresión de hallarse ante nítidos conflictos de índole narcisista.

Articulemos cuatro trozos escogidos:

[1] El complejo de la madre muerta es una revelación de la transferencia. (p.215)

[2] Lo que esta depresión de transferencia indica es la repetición de una depresión infantil, [...] (p.215)

[3] El rasgo esencial de esta depresión es que se produce en presencia del objeto, él mismo absorbido por un duelo. La madre, por alguna razón, se ha deprimido. (p. 216)

[4] Lo que entonces se produce es un cambio brutal, verdaderamente mutativo, de la imagen materna. [...] [ocurriendo] además de la pérdida de amor, una pérdida de sentido, pues el bebé no dispone de explicación alguna para dar razón de lo que ha sobrevivido. Puesto que sin duda se vive como el centro del universo materno, está claro que interpreta esta decepción como la consecuencia de sus pulsiones hacia el objeto. Esto es grave sobre todo cuando el complejo de la madre muerta adviene en el momento en que el niño ha descubierto la existencia del tercero, el padre, e interpreta la investidura nueva como la causa de la desinvestidura materna. De todas maneras, en esos casos hay triangulación precoz y desequilibrada. (p. 216-217)

El trabajo, a todas luces notable, prosigue en una espiral de intelección creciente, pero los párrafos mencionados bastan para nuestro objetivo.

En efecto: en ellos, *todas las piezas mayores de la teoría se hallan en juego, articuladas alrededor de una hipótesis fuerte de naturaleza reconstructiva a partir de la actualidad transferencial.*

Transferencia, por supuesto, pero también Edipo, Narciso, modelística del duelo patológico, fantasma estructurado (imago), espacialidad del universo materno, bebé pensante, triangulación enfermante, relaciones diferenciales de objeto (investiduras).

Repertorio notable y ecléctico de ideas acuñadas, organizadas sobre el vector de una hipótesis mayor, y que se demuestra plausible por conexiones teóricas y fecundidad clínica.

Todo el trabajo de Green es ininteligible fuera del marco de verosimilitud psicoanalítico, y el eje hipotético reconstructivo que lo atraviesa le da consistencia explicativa a la patología actual “en la vida”, y a la transferida a los sucesivos campos cuya ligadura define el proceso psicoanalítico.

Y el implícito global está dado por lo infantil, como categoría abarcativa del todo, *que es lo que queríamos demostrar.*

Ahora bien: ¿habrá tantos devotos lectores y citadores de ese trabajo –lo mismo vale para muchos otros– que en su propia clínica trabajen con una sistemática de lo infantil indicial –recordemos la cita de Freud– y de lo reconstructivo?

Y si no es así ¿por qué?

Como decíamos, el instrumental con que Green trabaja proviene de diversas fuentes, las que hace explícitas, constituyendo una demostración formidable de lo que he dado en llamar *operacionalismo crítico.*

Y en su elaboración se muestra de que manera instrumentos teóricos de diversos orígenes se coordinan en un espacio de inteligibilidad con un concepto/base implícito: *lo infantil estructurante, dislocado y vivo.*

Habiendo partido de una expresión empírico/descriptiva, referida a un conjunto de seres unidos por la común minoridad, la hemos trabajado en sintonía con lo hecho por generaciones de psicoanalistas, articulándola con otros conceptos: sexualidad, destructividad, relacionalidad primaria y constituyente.

De este modo se consolida una red de hallazgos y elaboraciones y queda situada en un lugar clave de nuestro edificio teórico, adquiriendo pleno valor al situarla en perspectiva de campo transferencial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ferenczi, S. [(1933) 1966] Confusión de lenguajes entre el adulto y el niño. En *Problemas y métodos del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 139-149.
- Freud, S. (1916-1917) Los caminos de la formación del síntoma. Conferencia 23ª. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Obras completas. (1978) Buenos Aires, Amorrortu. (V. 16. p.326-343).
- Freud, S. (1917) *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*. Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu. (V. 17, p.115-123)
- Freud, S. (1918 [14]) *De la historia de una neurosis infantil*. En Freud, S. 1979. Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu. (V. 17. p. 3-112).
- Green, A. (1999). La madre muerta. En *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu editores. (p. 209-238)
- Kristeva, J. (1986) *Al comienzo era el amor. Psicoanálisis y fe*. Buenos Aires, Gedisa.
- Paz, R. (2008). Narcisismo, frontera y territorio. En *Cuestiones disputadas en la teoría y la clínica psicoanalíticas*. Buenos Aires. S.A.P. Sociedad Argentina de Psicoanálisis y Ediciones Biebel, (capítulo tercero).